

no tiene amor, ni odio: calcula tan sólo y observa serenamente los acontecimientos, los hechos y las personas, para procurar siempre la personal conveniencia y utilidad nacionales. Con estos generales principios y normas (terminó diciendo), juzgo debe hacerse la paz mundial, que no dudo podrá ser estable».

Tocó el turno a la *Fuerza*, y así se expresó: «No me parecen de duradera eficacia los recursos y reglas de la diplomacia, ni las doctrinas humanitarias de la filantropía para lograr con aquellas una paz que sea de verdad *justa*, dando su merecido a los vencidos. Yo propongo, yo deseo una paz basada en el temor de la fuerza. La guerra es una explosión de odios y simboliza y encarna el procedimiento de la fuerza bruta. Pues, para evitar futuras guerras o para tener segura paz, hay que oponer la fuerza a la fuerza, hay que desarmar al vencido y precisa armarse bien el vencedor para, con la amenaza de una fuerza superior, tener a raya al enemigo y así, de esta suerte, mantener el equilibrio de una paz mundial».

Ya terminados los discursos preliminares de dichas Representantes, he aquí que llaman al regio alcázar de la Paz.

Abren, y se presenta un nuevo personaje modestamente ataviado, lleno de majestad y sencillez a la vez, de jovialidad y seriedad a un mismo tiempo.

—¿Quién es?—le preguntan.

—Soy la *Religión*—responde.

—¿Qué credenciales y representación trae?

—Las firmadas por el supremo Jerarca de una sociedad religiosa, que se apellida *Iglesia católica*.

—¿Qué desea, pues?

—Tomar parte en las deliberaciones de la paz, porque puedo ofrecer principios doctrinales que sean base firme para una paz justa y duradera.

—¿Cuáles son esos principios tan sólidos y equitativos?

—Los dogmáticos y morales del Evangelio cristiano.

El Secretario de la Conferencia trajo el recado del diálogo sostenido con la *Religión*, a las tres del Consejo... Estas deliberaron un buen rato entre sí... se puso a escribir una de ellas... y

firmaron las tres el documento escrito, que fué entregado en manos de la nueva *solicitante*. El documento de referencia así decía: «Las abajo firmadas del Consejo Supremo de la Paz, después de previa y madura deliberación han resuelto no poder, ni deber admitir a la *Religión*, como representante de una sociedad religiosa universal, para tomar parte en las discusiones y conclusiones de la paz. Esta, independientemente del principio católico cristiano, lo mismo en el orden individual que en el social creemos puede ser estable y equitativa en el mundo. Las generaciones actuales se sienten elejadas del sobrenaturalismo religioso y las sociedades y naciones pueden muy bien vivir y prosperar, prescindiendo de Dios y de la idea religiosa. Con la eficacia de la fuerza, la prudencia de la diplomacia y la suavidad de la filantropía que cristalice en una vasta liga internacional, juzgamos y queremos obtener la paz que al unisóno reclamamos el derecho, la justicia y la humanidad. (Siguen las firmas)».

Leyó la religión el citado documento... y visiblemente entristecida y llorosa se alejó de aquel lugar, presa de profunda angustia.

J. C. P.

(Concluirá).

LEJF

(DEL NORUEGO BJORNSON)

Llámase Endregaardene la pequeña aldea. Está solitaria y rodeada de rocas altísimas y escarpadas. El suelo en que se extiende es llano y fructífero y atravesado por ancho río que se precipita de la cordillera y desagua en una apartada corriente, visible a simple vista, y no lejos del poblado.

Siguiendo la corriente llegó en bote el primer hombre que descuajó la comarca. Endre era su nombre y los habitantes de su aldea vienen a ser sus descendientes. Decían unos si un asesinato por él cometido habíale obligado a refugiarse allí, y que por eso los habitantes aparecían con expresión sombría; otros, fundaban la culpa de tal tristeza en lo abrupto de las montañas,